



BOLETÍN Pastoral



2017

Boletín # 7

Experiencia de la Pastoral Penitenciaria

Es indudable que en los centros de reclusión penitenciaria queda mucho por fortalecer – como lo propone el documento de Aparecida – es necesario sembrar pautas que ayuden a llevar a las personas privadas de la libertad a un crecimiento íntegro, tanto social como espiritual. El grupo de tercer año del Seminario (II de Filosofía) es quien tiene esta misión, cada año, de visitar las distintas cárceles de Medellín todas las tardes de los viernes. Allí se procura hacer una distribución de los seminaristas para que abarquen la mayor cantidad de espacios posibles: Patios, talleres, salones de rehabilitación y hasta las canchas compartiendo un momento de deporte con ellos. Cada patio, cada celda, cada persona es una realidad totalmente distinta, y es por esto que una de nuestras mayores tareas es la de escuchar, hacernos conscientes del dolor del Otro, de su humanidad; dignidad que se les es quitada por el mismo rechazo absoluto de la sociedad, e incluso de sus familias, y el trato inhumano que en muchas ocasiones reciben. Esto no se trata de ir a imponer una religión, de hacer proselitismo aprovechando la fragilidad de los internos y los beneficios de rebajas que puedan traer al pertenecer a un culto u otro, no es simplemente ganar adeptos. Esto se trata, en primer lugar, de llegar al corazón mismo de aquellas personas para permitir que el evangelio de Cristo, a través del testimonio, toque sus vidas y los lleve a transformarla y a sentirse en su presencia cuando el mundo les da la espalda; como segundo, experimentar y palpar el sufrimiento de Cristo en estos presos, no solo en una historia presente, sino en toda una historia de vida.

Nos encontramos también con aquellos que permanecen firmes en su fe, con ellos compartimos la Eucaristía y se les ofrece el sacramento de la Reconciliación por parte del sacerdote. Asimismo, nos unimos con espacios de oración, en grupos ya establecidos, como la Lectio Divina, el Santo Rosario, etc. que son también otros medios para alimentar la vida espiritual.

Desde mi experiencia personal, en la cárcel de Bellavista (Bello), no fue fácil entrar por primera vez en un lugar de estos, pasar todos los puestos de control y encontrarse con cientos de presos, unos indiferentes y otros acogiéndonos, aunque todos eran para mí desconocidos ellos nos recibían como si ya nos conocieran. A lo largo del año comprendí esto, no soy simplemente yo quien entra en esas celdas, sino que es Cristo, es a él a quien conocen. A medida que pasaba el tiempo pude ir verificando también que aquellos prejuicios y miedos eran vanos, pues no me encontré más que con personas con una historia difícil, historia que incluso llegaron a compartirme; personas necesitadas de Dios, personas olvidadas y dejadas a un lado por haberse equivocado. No es muy lejana aquella situación que plantea Aparecida: recintos penitenciarios inhumanos, caracterizados por el comercio de armas, drogas, hacinamiento, torturas... crimen organizado.

Sin embargo, en medio de todo esto, también hay un espacio para Dios: en un pequeño rincón del patio ocho (el cual me correspondía acompañar) había ya conformado un pequeño grupo de personas que, sin falta, se reúnen todos los días para compartir la oración en aquel estrecho salón, algunos otros, por simple curiosidad sobre lo que estábamos haciendo allí reunidos se fueron acercando: los mismos presos (aquellos a quienes la sociedad no es capaz de perdonar) son instrumentos de evangelización, y quizás de salvación entre ellos mismos, de Dios. Es complejo contar tantas cosas que se aprenden a través de esta experiencia, por eso, para finalizar, solo quiero hacerte una invitación a participar de esta pastoral tan especial a la que por desgracia muchos le temen: "... Estuve en la cárcel y acudisteis a mí" (Mt 25, 36b).

Alejandro López Pérez
Seminarista del año segundo de filosofía.